

nes, que fueron aprobadas por el Papa Gregorio en el año de 1235.

San Raimundo de Peñafort, que sucedió en la superioridad general de su orden al bienaventurado Jordan (1238), es también célebre por su colección de decretales, la cuarta después de la de Graciano. Están divididas las decretales en cinco libros bajo diversos títulos y colocadas por el orden cronológico, circunstancia omitida en las compilaciones anteriores: esta principia desde Alejandro III, donde acaba la obra de Graciano, y se extractan los decretos según la materia de cada título. Autorizó Gregorio IX esta colección con exclusión de todas las demás. Fué enteramente cumplida su intención; y tan bien recibida la colección, que desde entonces tiene simplemente el nombre de *Decretales* (a).

No brilló menos el celo de San Fernando de Castilla contra la corrupción y las impiedades de la herejía que contra las del mahometismo. Habiendo descubierto en Palencia sectarios corrompidos y revoltosos, les hizo notar de infamia mandándoles mar-

mas y de saludables lecciones para el gobierno del reino que estaba llamado á regir, despidió á toda su amada familia y quedando solo con el obispo y el clero pidió una candelá, tomóla en su mano, dijo que entonasen el *Te Deum*, como quien iba á gozar del mayor de los triunfos y entre los cantos sagrados de los sacerdotes entregó su alma al Señor el mayor monarca que hasta entonces había tenido Castilla, el jueves 30 de mayo de 1252, á los 54 años no cumplidos de edad, á los 35 y 11 meses de su reinado en Castilla y á los 22 de haber ceñido la corona de Leon.—Tal fué el glorioso tránsito de Fernando III de Castilla, á quien por sus escelsas virtudes colocó después la Iglesia en el catálogo de sus mas ilustres santos. Lloróse su muerte en todo el reino como la de un padre, y al día siguiente fué aclamado y reconocido su hijo don Alfonso rey de Castilla y de Leon, bajo el nombre de Alfonso X. Mariana, lib. 12; Ortiz, lib. 9; Crónica de San Fern.; Lafuente, p. 2, l. 2, c. 14. (N. del E.)

(a) A la relación que del reinado de D. Jaime hace aquí nuestro historiador, añadiremos aquí algunos mas pormenores. Desde que Jaime I se sentó en el trono de Aragón, después de las muchas turbulencias que agitaron el reino durante su minoridad y de que ya hemos hablado, se anunció como el héroe que con la conquista de tres reinos debía afirmar incontrastablemente el poder y gloria de su nación. La primera de sus empresas tuvo por objeto á Mallorca. Juntó el rey para esta

car el rostro con un hierro candente (1). Cometíanse en Francia por el mismo tiempo igualmente que en España enormes violencias contra los judíos. Los cruzados hacían un punto de religion el pisarlos con sus caballos y matarles, sin perdonar á los niños, ni á las mugeres en cinta, y todo sin otra razón que negarse á recibir el bautismo. Los judíos se persuadieron que el Gefe de la Iglesia no aprobaria de manera alguna estos tratamientos tan contrarios al espíritu del Evangelio, y le dirigieron sus quejas. El Papa Gregorio escribió en efecto sobre este objeto á los obispos de Aquitania, de Poitou y de Bretaña, donde este desenfreno había sido mayor. Les encargó que hiciesen presente á las tropas armadas por la causa del cielo, que no eran estos escesos el medio de atraer sus bendiciones sobre ellos, sino el respeto á la ley divina, la pureza de corazón y la caridad; que la entrada en la Iglesia, aunque abierta á todos los hombres, debe sin embargo ser voluntaria, porque el hombre que cayó por su libre alvedrío, debe igualmente levantarse por el libre alvedrío ayudado de la gracia (2). Exhortó también el Papa á San Luis á que reprimiese un furor tan opuesto á la dulzura de su carácter como á la pureza de su fé.

Hállase este espíritu de la Iglesia no menos auténticamente consignado en un Concilio celebrado en Tours el 10 de junio de 1236. «Vedamos con todo rigor, dicen

expedición una escuadra de ciento sesenta velas, en la que á principios de setiembre de 1229 embarcó diez y seis mil infantes y dos mil caballos; y en el espacio de tres meses se apoderó de la capital y de toda la isla, aprisionando él por sus propias manos al rey moro. Restableció luego la Religion, erigió con aprobación del Papa la Silla episcopal de Mallorca, dotóla magníficamente, nombrando por su primer obispo á Bernardo, abad de San Feliu de Guixols, como consta del privilegio expedido en esta ocasión; y en octubre de 1230 regresó triunfante á Cataluña. En el mismo

(1) Lib. 8, ep. 218 ap. Rain.

(2) Lib. 10, ep. 213 ap. Rain.

los Padres (1), matar ó herir á los judíos, quitarles sus bienes ó hacerles algun otro daño; pues son tolerados por la Iglesia, la cual no quiere la muerte del pecador sino

batiese á los infieles. El cielo se mostró en este lugar muy propicio á las armas de los cristianos. Con el corto número de tres mil infantes y cien caballos hicieron frente á un ejército de mas de cuarenta mil moros de todas armas, á los que al grito de «Santa Maria y Aragón» derrotaron tan completamente, que después de matarles una tercera parte de gente, los acuchillaron hasta media legua de la capital. Tan prodigiosa victoria se atribuyó á un milagro, pues afirman algunos historiadores que se apareció visiblemente y peleó por los cristianos el mártir San Jorge á quien invocaron al principio de la acción. Si así sucedió, no fué este solo el milagro obrado en el Paig de Enea; pues añaden que los centinelas del castillo, y todos los caballeros y eclesiásticos observaron repetidas veces bajar desde el cielo al anochecer diversas luces como otras tantas estrellas que se fijaban é iban á esconderse siempre en un mismo paraje. Tuviron esta señal por prodigiosa, registraron cuidadosamente aquel lugar, y encontraron en él debajo de una campana la preciosa y milagrosísima imagen de Nuestra Señora que se venera aun en el pueblo, y cuya solemnidad celebra la Iglesia de Valencia el domingo primero de setiembre. Pertenecen estos sucesos al año 1236, en el cual el legítimo rey moro de Valencia Ceid Abu Zeyd abjuró el mahometismo y abrazó la verdadera Religion estableciéndose como un caballero particular en las tierras que le señaló D. Jaime.—La derrota del Paig infundió á los moros un terror pánico, y alentó sobremanera el valor de los cristianos, que no dudaron ya de la conquista de todo el reino. Acometieron á la capital con solos mil trescientos hombres, con los que no temió el gran corazón del monarca poner sitio á una ciudad que podía por sí sola sacar á campo un ejército diez veces mayor que el suyo. Mas con el arribo de los prelados y caballeros que venian á reunirse de todas partes parece llegó á contar setenta mil infantes y mil caballos. Comenzáronse los combates á 16 de abril de 1238; pero la defensa fué tan obstinada y vigorosa, que se prolongó el sitio por seis meses. En fin, el 28 de setiembre vispera de San Miguel, determinó el rey moro rendir la ciudad, pero no entraron don Jaime y los cristianos hasta el día de San Dionisio, nueve de octubre. Otros refieren la entrada al mismo día 28 de setiembre, y dicen la verificó el rey don Jaime con la reina Violante, los arzobispos de Tarragona y de Narbona, los obispos de Barcelona, Zaragoza, Huesca, Tarazona, Segorbe, Tortosa y Vich, los ricos-hombres y caballeros de Aragón y Cataluña, los órdenes militares y los concejos de las ciudades y villas. Don Jaime hizo enarbolar el pendon de Aragón en las almenas de la torre que después fué llamada la torre del Templo, y las mezquitas de Mahoma fueron convertidas para siempre en iglesias cristianas. En memoria de estos gloriosos dias mandó don Jaime levantar la ilustre parroquia dedicada á San Miguel y á San Dionisio: hizo asimismo purificar la mezquita mayor y dedicarla á la Virgen Maria erigiéndola en catedral episcopal, cuyo primer obispo fué Ferrer de San Martín, preboste de Tarragona. Ganada así la capital, cayó muy pronto todo el

los moros de Valencia, enojados contra su rey Ceid Abu-Zeyd por la paz que tenía con don Jaime, por las parias que le pagaba y por otros varios actos de rendimiento y vasallage, instaron á Zaen (Ben Zeyan), gobernador de Denia, á que viniese con sus tropas á apoderarse del reino. Ejecutólo así Zaen, y Ceid, abandonado de los suyos, se retiró con su hijo á Calatayud, donde le acogió el rey don Jaime benigneamente, y se confederó con él para quitar el reino al usurpador. Empero mientras se hacían los aprestos para esta campaña, pasó el monarca aragonés por segunda y tercera vez á las islas Baleares por los años 1232, y se apoderó de Menorca, cuyos habitantes fueron á ponerse bajo su obediencia, dejando á los moros en libertad de salirse de ella, ó quedarse vasallos suyos con los pechos ordinarios. De este modo faltando á los infieles el abrigo de aquellas islas que servian como de escala á los africanos para pasar á Valencia, se hizo ya mas probable el buen éxito de la conquista de su reino. Sin embargo, la empresa pedía mas fuerzas de las que el rey tenía prontas, por lo que á fines del año juntó córtés en Monzon, en las que se publicó la cruzada que á sus instancias había concedido el Papa Gregorio IX, alistándose primero el rey, y luego muchísimos caballeros y pueblos. Por otra parte, Ceid Abu Zeyd tenía en Valencia muchos partidarios, y con los auxilios de gentes y dinero de los pueblos que perseveraban en su devoción, iba recobrando otros que estaban por el usurpador.—Preparada así la jornada, se le dió principio en la primavera de 1233 durante el cual se apoderaron los cristianos de todas las plazas y fortalezas sitas hacia el Norte del reino hasta seis leguas de la capital. En los años siguientes fueron coartando mas y mas á Zaen los límites de su reino. A los dos años de haberse sometido Menorca, presentóse al rey D. Guillermo de Montgri, arzobispo electo de Tarragona, esponsiéndole que si les cedia en feudo á él y á los de su linage la isla de Ibiza, ellos tomarian sobre sí la empresa de conquistarla. No poniendo reparo el rey en acceder á la petición del prelado, procedió éste á la ejecución de su proyecto; se embarcó con las gentes de armas llevando trabuquetes, fundibulos, y otras máquinas é ingenios, y en poco tiempo tuvieron la fortuna de vencer á aquellos isleños, quedando Ibiza en su poder. De este modo se completó la conquista de las Baleares; bella agregación que recibió la corona aragonesa y gran padrastro que había sido para todas las naciones marítimas del Mediterráneo en los siglos que estuvieron poseídas por los sarracenos. Cedióselas, sin embargo, D. Jaime al infante D. Pedro de Portugal, casado con la condesa Aurembiaix, aquella á quien D. Jaime repuso en el condado de Urgel; cedióselas, pues, D. Jaime por este condado que, como enclavado en su reino, le convenia grandemente su posesion. Volvieron sin embargo á la corona de Aragón á los pocos años por haber muerto sin tener hijos el infante de Portugal.—Por enero de 1236 batió de nuevo á los moros hasta apoderarse del castillo del Paig de Enea, á dos leguas de la capital, donde puso fuerte guarnicion para que incensantemente vigilase y com-

(1) Tom. 14, Conc. pag. 4504.

dirija esta acusacion, sin el menor respeto á sus privilegios, y aun se les quitará la cruz si se les convenciese de ser reos de homicidio ó de otros crímenes capitales.

reino en manos del conquistador, aunque no sin nuevas y admirables luchas que sería demasiado largo referir. Entre ellas fué extraordinariamente milagrosa, y no debe omitirse, la batalla de Luchente. Se habían adelantado, dice un historiador, seis caballeros cristianos con mil hombres hasta dar frente al castillo llamado Chio; la guarnición hizo señal á los pueblos comarcanos pidiendo socorro, y en breve se vieron los fieles acometidos de un ejército de veinte mil hombres. Pero con el valor que les inspiraba la Religión que defendían, tomaron una resolución mas aventurada y generosa que prudente. Preparábase los seis caballeros á la lucha recibiendo el Sacramento de la penitencia, y pidiendo la sagrada Eucaristía para atraer á su favor el poder del Dios de las batallas: el capellán del ejército Mateo Martínez, cura de San Cristóbal de Daroca, celebró la misa consagrando seis hostias para la comunión de los capitanes; mas en el momento mismo de acercarse éstos á la santa mesa, principiaron los soldados á tocar generala porque el enemigo acometía el campo. Partieron al punto los caballeros á tomar las armas y ordenar su gente: el sacerdote, confuso, envuelve las sagradas hostias en los corporales, corre á esconderlas en un matorril y alza sus manos al cielo en fervorosa oración. Entretanto los cristianos se precipitan impetuosamente sobre los moros, rómpenlos por todas partes, y después de haber muerto á muchos miles, los ponen en desordenada fuga. Derrotados de este modo y ahuyentados los enemigos, volvieron los piadosos gefes y el sacerdote á buscar los corporales, halláronlos en el mismo parage; mas con asombro indecible vieron que las santas formas estaban pegadas al lienzo, bañadas en sangre fresca y como que se iban convirtiendo en carne. Lleno de un santo temor y reverencia el sacerdote, las enseñó á todo el ejército, y átonitos cuantos se hallaron presentes prorumpieron en lágrimas y sollozos, no encontrando palabras bastantes para significar su fé y gratitud al Dios de los ejércitos. Pero los infieles, corridos de verse vencidos por tan pocos cristianos, acometieronlos de nuevo y con mayor osadía, aunque no con mejor éxito; pues alentados los fieles por el favor divino y la maravilla que tenían á la vista, se arrojaron otra vez al enemigo con tal denuedo que le derrotaron como en el primer choque, le siguieron al alcance por un largo trecho con tan buen efecto, que dejaron cubiertos de cadáveres los montes y valles circunvecinos; tomaron tambien entonces al castillo, pero lo demolieron por no poder conservarlo. Cada uno de los seis capitanes hubiera querido para sí el santísimo tesoro de los corporales; mas dejadas controversias, acordaron colocarlos en una arca preciosa, y que puesta sobre una acémila fuesen conducidos á donde Dios la guiase. Hizose así en efecto; y la bestia por instinto celestial tomó el camino de Aragon, llegó sin pasar á Daroca dia 7 de marzo de 1239, y entró en la iglesia del hospital, sito fuera de los muros de la ciudad. Los corporales con sus formas se depositaron en la misma iglesia, y mas adelante fueron trasladados á la colegial donde se conservan y veneran, quedando aun en nuestros dias los mas auténticos testimonios de la verdad de este prodigio. Acerca de esto publicó Et-

Entretanto el cristianismo continuaba diseminándose por las regiones del Norte, asi por los trabajos de los operarios apostólicos, como por la proteccion de las potes-

CATÓLICO (en su número de 9 de julio de 1843, t. 14, p. 69) una estensa relacion escrita por un respetable prebendado de aquella ciudad. — Asi fueron progresando rápidamente los cristianos en la conquista de todo el reino, hasta que derrotados los moros en todas partes, tomadas sus ciudades, pueblos y fortalezas, fueron espelidos para siempre (si bien se quedaron todavia algunas familias confundidas entre los cristianos) por un decreto del rey conquistador, expedido en 1253. Comentar. Jac. I; Diago, *annal.* Mariana, Ortiz, Lafuente etc.

Si como de lo hasta aqui dicho aparece fueron muchas las grandezas temporales de España bajo los reinados de San Fernando de Castilla y de Jaime I de Aragon, no fué menor el lustre y esplendor que estos piadosos monarcas procuraron á la Iglesia. Jamás desde los tiempos del cautiverio se vió mas dilatada la Religión verdadera en nuestra Península, ni mas adorada la triunfante cruz de Jesucristo. A millares se levantaron los templos de nuestro santo culto en los reinos de Aragon, Valencia, Córdoba, Sevilla, Jaen, Algarbe y Niebla: establecieronse muchísimas sillas episcopales, dotadas magníficamente por los reyes conquistadores, y se celebraron diferentes concilios para promover la reforma y santidad de las costumbres; y procurar la conversion de los infieles. Sobre estos concilios particulares y sobre la consagracion de las nuevas iglesias y creacion de obispados puede verse el tom. 3 del Emmo. Card. de Aguirre. — Fundóse tambien en tiempo de D. Jaime y con su apoyo la orden de la Merced, que á sus principios, segun el docto M. Fr. Mariano de Rivera, fué militar como las de Santiago y Calatrava, y hasta el año 1317 tuvo maestros seculares cuyo catálogo dió el mismo erudito autor. Contribuyó grandemente á la fundacion de esta orden San Raimundo de Peñafort, celebre en toda la Iglesia por su sabiduría, por sus virtudes y por sus estupendos milagros. Habia nacido en el castillo de su nombre, de que eran señores sus padres, descendientes de los antiguos condes de Barcelona y enlazados con la casa Real de Aragon. Dedicado desde sus mas tiernos años á los ejercicios de piedad y al estudio de las ciencias, manifestó muy pronto toda la belleza de su espíritu. Con su ingenio sólido, elevado y penetrante hizo tan rápidos progresos en las ciencias, que á los veinte años enseñaba ya públicamente la filosofía en Barcelona. Pasó después á Italia, y se dedicó al estudio del derecho en la universidad de Bolonia, de cuya aplicacion tenemos el fruto en su coleccion de decretales de que ya habla arriba nuestro historiador. Llamado de allí á poco por su propio obispo, y elegido canónigo y arcediano de Barcelona, hizo resplandecer su humildad, su penitencia, su celo y todas las virtudes, que le granjearon ya entonces el renombre de santo. Reformó el cabildo de su iglesia, restituyó el esplendor y magnificencia del culto, y con una caridad sin límites vino á ser el padre de los pobres y el modelo de los mas perfectos. En el año 1222, ocho meses después de la muerte de Santo Domingo, tomó Raimundo el hábito de la Orden de Predicadores, y atrajo á claustro con su ejemplo á muchos varones distin-

tades temporales que les daban su apoyo contra el furor de los paganos. Habiendo los de Prusia cometido en la provincia de Mazovia crueldades y sacrilegios horribles, y mayores aún en Polonia, donde degollaron á los sacerdotes sobre los altares y pisaron las sagradas formas; el duque Conrado, que mandaba en estos paises, después de algunas insuficientes tentativas acudió al valor y al poder acreditado de los caballeros teutónicos llamándoles á aquel pais y nombrándoles ellos su gran maestre en el año 1259. Dióles el territorio de Culm para que le poseyesen perpétuamente y en plena propiedad con todas las tierras que pudiesen quitar á los infieles (1). Esta fué la base del poder de estos caballeros en Prusia. El

guidos por su nacimiento, por sus riquezas, por su sabiduría y por su piedad. Contaba á la sazón Raimundo cuarenta y siete años; y á pesar de su elevacion y conocimientos, se dejó ver como el menor de los novicios sometido enteramente á la mas pequeña insinuacion de sus superiores. Por su mandato compuso y dió á luz para utilidad de los confesores y penitentes la *suma de los casos de conciencia*, que fué muy apreciada de los sabios y la primer que se escribió en este género. Su celo no pudo ceñirse á la oracion y á la composicion de las obras dirigidas siempre al bien de sus prójimos, sino que además le empeñó en todos los trabajos del apostolado. Instruir á los fieles, atraer los pecadores á la penitencia, combatir á los herejes, judíos y mahometanos, adquirir para los pobres los tesoros de los grandes del mundo, emplear todo su crédito y ascendiente sobre los principes y reyes para la gloria de la Iglesia y bienestar de los pueblos, fueron los únicos cuidados de Raimundo, desde el dia de su profesion hasta el de su muerte; es decir, por espacio de mas de cincuenta años. La institucion de la orden de la Merced, á la que como hemos dicho contribuyó tan poderosamente; la legacion que desempeñó junto con el cardenal Juan de Abbeville, la reforma que promovió en la corte y en todo el reino de Aragon, los empleos de capellan mayor y gran penitenciario de la Iglesia romana, de confesor de Gregorio IX y del rey Jaime I, y otros muchos á mas de los que insinúa Henrion, nos hacen conocer qué grado ocupó Raimundo de Peñafort en el Estado y en la Iglesia. Su muerte, ocurrida el dia 26 de enero de 1275 y su sepulcro fueron ilustrados con muchos milagros, que confirmaron su santidad y los que habia obrado durante su vida. Entre éstos es muy célebre su viaje de Mallorca á Barcelona, verificado en seis horas y sin mas embarcacion que su propia capa tendida sobre las aguas. Fué canonizado por Clemente VIII en 1601. (N. del E.)

(1) *Chron. Prus. part. 2, cap. 1, 2, 3.*

Papa por medio de cartas circulares exhortó á todos los fieles comarcanos á tomar las armas contra los prusianos bárbaros, y á dirigirse en todas sus empresas por los consejos de los caballeros teutónicos (1).

Empero fué insuficiente su gran poder: después de su llegada á Prusia, se sublevaron de repente los paganos, asi los antiguos como los apóstatas, y animándose unos á otros se dirigieron á la frontera é incendiaron mas de diez mil aldeas y una multitud de monasterios é iglesias. Fué tan horrible la desolacion, que los fieles tuvieron que retirarse á los desiertos para vivir y para celebrar el oficio divino. Mas de veinte mil cristianos fueron muertos, sin contar los esclavos que sus señores hacian perecer á fuerza de excesivos trabajos. Los paganos dejaban morir de hambre, ó degollaban á los ancianos: sacrificaban las doncellas á los demonios, entregándolas á las llamas después de haberlas coronado de flores, y empalaban á los niños, ó los estrellaban contra los árboles y las rocas. El Papa informado de estos horrores, conmutó los votos de los cruzados pobres ó achacosos de las regiones vecinas, para que marchasen contra estos enemigos furiosos del nombre cristiano.

Un fervoroso misionero llamado Balduino de Laune, cogió tanto fruto en Livonia, que el Papa le hizo obispo de Semigalia, parte de esta provincia, cuya capital es Mittau (2). Tambien le confirió los poderes de legado, no solo en Semigalia y en toda la Livonia, sino en Gothlandia, Finlandia, Estonia, Curlandia, y en general en las tierras adyacentes habitadas por paganos ó neófitos, y en las islas vecinas. Entre los pueblos que se convirtieron entonces, ofrecieronse á recibir la fé cristiana los curliandeses, con el

(1) *Lib. 4, ep. 61, 62, 63 ap. Rain.*

(2) *Rain. ann. 1231; Alber. ann. 1231.*

rey Lammechin, prometiendo obedecer á las órdenes del Sumo Pontífice, y dieron rehenes en seguridad de su palabra. Como prenda de su fé y para atender á la defensa de los débiles por los medios que parecían indicados por las circunstancias, se les impusieron algunas condiciones. Obligóseles á defender á los sacerdotes como á sus propias personas, y á marchar á las expediciones que se hiciesen contra los infieles, tanto para la propagacion como para la conservacion de la fé. Por lo demás no se les sujetó á otro algun señor temporal mas que á su propio soberano, y se les prometió el goce de esta libertad interin permaneciesen fieles á su Religion.

En el extremo oriental de Europa, hácia la embocadura del Danubio, mostró tanto afecto al cristianismo la nacion de los cumanes ó comanos, que el arzobispo de Strigonia creyó deber preferir el cuidado de su conversion al viage de la Tierra Santa (1). Ya se hallaba en camino para Palestina, cuando un principe de aquella nacion, queriendo hacerse cristiano con todos sus vasallos, le envió su hijo único para pedirle que tuviese á bien comunicar á él y á su pueblo el conocimiento del verdadero Dios. No solamente concedió el Papa las dispensas necesarias al arzobispo, sino que le hizo su legado para predicar en nombre suyo, erigir iglesias, crear obispos, formar un clero, y hacer en general todo lo concerniente á la propagacion de la fé. Sirvieron los frailes predicadores para recojer los frutos abundantes de esta santa mies (1227).

Algunos misioneros de la misma orden hicieron conversiones mucho mas prodigiosas entre los sarracenos de Nocera ó Nuceria en el reino de Nápoles que hasta entonces habian mostrado tanto odio contra el cristianismo. Era esta plaza como el ha-

luarte del paganismo en aquellas provincias y la odiosa guarida donde se forjaba mucho tiempo habia la ruina de las iglesias de Italia, de modo que no la daban otro nombre que el de Nocera de los paganos. En el tiempo de que hablamos, comenzó siquiera á dividir su culto entre el cristianismo y las supersticiones musulmanas. Habiendo escrito el Papa al emperador rogándole favoreciese esta mision, le contestó en 1233 Federico diciéndole que efectivamente se habian ya convertido muchos.

En 1240 este mismo Federico y su hijo Enrique ó Encio hacia grandes destrozos en el ducado de Espoleto y en la Marca de Ancona, y el Papa Gregorio no hubiera podido sin dinero sostener las ciudades confederadas y defenderse á sí mismo. Ayudado por el clero de Francia, pues que Santiago, obispo de Preneste y legado suyo, obtuvo en la asamblea de los obispos de la provincia de Reims, reunidos en Semlis, la veintena de las rentas eclesiásticas (1), y San Luis, que fué favorable á la reunion del Concilio, estuvo seguramente muy distante de querer impedir el pago de esta veintena concedida por el clero, el cual era libre en disponer de sus rentas; no se descuidó el Papa en dirigirse tambien á los ingleses, los cuales desde el rey Juan se habian hecho en alguna manera tributarios de la Santa Sede. El cardenal Otton, legado en Inglaterra, reunió á los obispos y á los principales abades en Redíngues con algunos señores, y les pidió en nombre del Pontífice la quincuagésima parte de sus rentas. Así que oyeron esto se mostraron muy descontentos los prelados; pero el arzobispo de Cantorbery, de dos males eligió el menor: consintió en este impuesto con la esperanza de recobrar por esta condescendencia la libertad de las elec-

(1) Jacobus Meyerus, *Ann. Fland.* 2, l. 3, ad ann. 1240.

(1) *Dy Gango sur Vill.*—Hard, p. 336.

ciones, casi destruida por los reyes. No habia medios de que estos no se valiesen para impedir la provision de las iglesias vacantes, cuyas rentas se apropiaban hasta que tomaba posesion el nuevo titular, siendo esto lo que se llamaba *regalia*.

Este abuso, que producía otros mil desórdenes, no podia menos de afligir á un prelado como Edmundo, que estaba entonces á la cabeza del reino de Inglaterra (1). Nacido en Abington de una familia comerciante, recibió de su madre Mábila una educacion muy preferible á la del gran mundo. Enseñóle ella desde su infancia á ayunar los viernes á pan y agua. Cuando fué un poco mayor le envió á estudiar á la escuela de Paris, tan á propósito para que desplegara los raros talentos que principiaba á mostrar: dióle dos cilicios para que usase de ellos tres veces á la semana, y le encargó que en todos los domingos y fiestas rezase todo el Salterio antes de comer. Hizo voto de castidad por consejo de un santo eclesiástico, y le observó perfectamente; progresó rápidamente en las ciencias, y se adelantó con paso igual en la virtud. Habiendo sido hecho maestro en artes, y enseñando, siendo aun muy jóven, las artes liberales, oia misa todos los dias con sus discipulos, y contra la costumbre de otros profesores rezaba el oficio canónico. Cuando quiso pasar al estudio de la teología, añadió á las otras devociones la de asistir todas las noches á maitines en la iglesia de San Meri ó Mederico, cerca de la cual vivia. Ordenado de sacerdote aumentó sus austeridades, como tambien sus oraciones; no comia mas que una vez al dia, y además del oficio comun rezaba el de la Virgen y el de difuntos. Nunca quiso mas que un beneficio, á pesar de las vivas instancias que le hicieron frecuentemente para

que aceptase otros muchos. Cuando los diputados de Cantorbery fueron á anunciarle su eleccion para aquella Silla, la renunció con entereza. Necesario fué mandarle en nombre de la Iglesia que no resistiera á la Providencia; mas no se rindió hasta que le declararon que estaba obligado á ello con riesgo de la salvacion de su alma (1234).

En efecto, esta dignidad, tan formidable á su modestia, no le causó mas que pesares. Su condescendencia respecto de la contribucion pedida por el Papa, no correspondió en manera alguna á las miras que se habia propuesto, ni sufrió menos en sus libertades la iglesia de Inglaterra sacrificando sus bienes temporales. En poco tiempo sus males llegaron á tal punto, que el santo prelado, abatido de dolor y mirando ya la existencia como un peso insoportable, se condenó á un destierro voluntario. Pasó el mar, cercenó el acostumbrado boato de los primados de la Gran Bretaña, y á ejemplo de Santo Tomás su predecesor, se retiró á la abadía de Pontigny y allí edificó á los religiosos por su no interrumpida aplicacion á la oracion, á la lectura, al ayuno y á todos los ejercicios de los solitarios mas perfectos. No interrumpia estos ejercicios humildes sino para ir á anunciar el Evangelio en los lugares inmediatos. No obstante, hizo poca mansion en un retiro tan amado de su piadosa modestia. Consumido de abstinencias y aflicciones, cayó enfermo de gravedad, y los médicos le hicieron trasladar á Soissi, monasterio de canónigos reglares cerca de Provins, cuyo clima fué juzgado á propósito para su restablecimiento. Para consolar á los monges de Pontigny, que experimentaban singular pena en que se separase de ellos un prelado tan santo, les prometió volver para la fiesta de su patrono San Edmundo, rey de Inglaterra y mártir, que se celebraba en 20 de noviembre; mas el sentido de su prediccion era muy diverso del que aquellos

(1) *Sur, 16 nov.*; *Matth. Par.*, p. 323 etc.